

635 KILÓMETROS DE ILUSIONES
Y LÁGRIMAS

NANCY DUARTE Y STEFANY DÍAZ

Leonardo Haberkorn



Madre e hija lloran al contar su historia, cada una en un extremo del país: una en Montevideo, la otra en Bella Unión. Hay 635 kilómetros entre ellas, la mayor distancia que separa a cualquier otra ciudad uruguaya de Montevideo, un mar de kilómetros que se ha tragado miles de sueños.

Nancy Duarte, la madre, y Stefany Díaz, la hija, recuerdan por separado un día tres años atrás, cuando recorrieron esa distancia juntas.

El viaje es largo, larguísimo, casi ocho horas y media a bordo de un ómnibus nocturno de El Norteño. Stefany desborda de ansiedad. Le cuesta dormirse mientras el ómnibus atraviesa el país. Viene con su madre para inscribirse en la facultad y comenzar a cumplir el sueño que la acompaña desde siempre: ser médica.

También Nancy, su madre, está ansiosa. También ella está cumpliendo su sueño: uno de sus hijos va a inscribirse en la Universidad. “Yo siempre quise que ellos estudien, yo no pude...”, dice hoy cuando recuerda aquel día y se seca las lágrimas con el dorso de una mano.

Las dos tienen una angustia adicional: Montevideo. Enorme, inhóspita, desconocida. Stefany solo estuvo una vez antes, fugazmente, prácticamente no conoce nada. Nancy, su madre, solo vino de niña, hace más de cuarenta años. Para ella también es como la primera vez.

La misión es llegar antes de las 11 de la mañana a la Facultad de Medicina para que Stefany pueda terminar su proceso de inscripción. Se han asegurado una ayuda: una amiga de una tía las esperará en la terminal y las acompañará hasta la facultad. Cuando bajan del ómnibus en Tres Cruces se sientan

a esperar la llegada de esa persona. Cientos de personas pasan a su lado, sin prestarles atención. El reloj avanza. La persona no llega. Son las 7, las 8, las 9. Sus teléfonos no suenan ni reciben ningún mensaje. Ya son casi las 10 y la mujer no ha venido ni dado señales de vida. Entonces se deciden: vamos solas.

Preguntan, toman un ómnibus, llegan a la facultad. Stefany se inscribe. El sueño multiplicado por dos. Lo tan añorado hecho realidad. Pero el destino puede pegar muchos giros entre el extremo norte y el extremo sur. Faltan más travesías de 635 kilómetros. Más giros bruscos del destino. Más lágrimas.

Nancy nació en Salto hace 45 años. Nunca conoció a su padre. Su madre era una adolescente que, luego de tenerla, dejó la ciudad y se radicó en Bella Unión. A Nancy la crió su abuela. A los 12 años ya tuvo que empezar a trabajar. “Era pobre”, resume.

Le hubiera gustado tener una profesión o un oficio, ir a más, pero la vida no se le presentó de esa manera. “Mi sueño siempre fue que mis hijos tengan todo lo que yo no pude.” Se emociona. Se seca las lágrimas.

Tenía 16 años cuando viajó a Bella Unión porque una de sus hermanas, que sí vivía con su madre, festejaba su cumpleaños de 15.

Llegó con la idea de participar en la fiesta y regresar a Salto, pero se fue quedando. Se ennovió con un muchacho que conoció en Bella Unión, quedó embarazada, se juntaron, tuvieron una hija que hoy tiene 28 años. Luego llegaron cuatro niños más. Nancy nunca más dejó Bella Unión. Ya lleva 29 años desde que llegó para la fiesta de su hermana.

En los primeros años en el extremo norte, no le faltó

trabajo. Primero atendió un carrito de comidas al paso. Después estuvo mucho tiempo laborando en las chacras de frutilla. Luego trabajó tres o cuatro años en el hotel Oriente. Pero allí se acabó la buena suerte. “Al hotel lo vendieron y a mí me mandaron al seguro de paro. Y ya no conseguí más trabajo, porque estaba complicada la cosa.”

Con el sueldo de su compañero, conductor de un camión de la Intendencia de Artigas, se fueron manteniendo, primero viviendo en una casita detrás de la casa de su suegra, luego en una pequeña vivienda de solo dos habitaciones en el barrio Sur, una de las muchas vecindades pobres de la ciudad más lejana de la capital del país.

Stefany tiene 21 años, es morocha, alta, las cejas grandes y una timidez que no disimula. Desde que recuerda, siempre quiso ser médica. Lo decía en la casita del barrio Sur donde creció, en el liceo, se lo decía a su amiga Alexandra cuando soñaban juntas con dejar Bella Unión y emprender el camino al lejano sur para poder estudiar y progresar en la vida.

“En Bella Unión no hay nada: un liceo, una UTU y nada más”, explica Alexandra que hoy vive en Montevideo donde estudia enfermería.

Alexandra la recuerda a Stefany en los tiempos de Bella Unión: decidida, determinada. A veces hablaban de que no sería fácil para sus familias darles el apoyo económico necesario para una carrera, pero Stefany respondía que ella igual se recibiría de doctora. Quería ser dermatóloga.

Poco antes del momento en que Stefany debía venir a radicarse en Montevideo para comenzar las clases en la facultad, sus padres se separaron. Fue un golpe muy duro en lo afectivo, pero también en lo económico. “Se hizo evidente

que no iba a ser fácil que la pudieran ayudar en Montevideo”, recuerda Alexandra. “Yo le decía que quizás podía empezar haciendo una carrera más corta que Medicina, algo más fácil que le permitiera conseguir un empleo más rápido, como enfermería por ejemplo. Pero ella me decía que no, solo quería ser médica.”

La separación redobló la necesidad de Nancy de conseguir un empleo. Se anotó en el Centro Público de Empleo de Artigas, y fue convocada para la selección de un puesto de trabajo en la Plaza de Deportes de Bella Unión, en el marco de un programa socio-laboral de El Abrojo en convenio con la Secretaría de Deportes y el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Hubo un sorteo de contratos de trabajo para 2015, pero no tuvo suerte.

Stefany llegó a Montevideo en marzo de 2015 con una beca del Fondo de Solidaridad. Le daban 6.000 pesos por mes, que se le iban en pagar la mensualidad en una residencia estudiantil. No le sobraba casi nada.

Con mucho esfuerzo, sus padres —separados— le enviaban comida y algo de ayuda económica, cuando podían.

Stefany almorzaba en el comedor estudiantil y cenaba con las viandas que llegaban desde el norte. Casi no salía. Montevideo no le gustaba nada, por excesiva en todo sentido para su gusto: demasiada gente, demasiados autos, demasiado ruido. La obligación de tomar un ómnibus para ir a todos lados.

Además, buscaba trabajo y no conseguía: “envié mi currículum a todos lados. A todas las papelerías del centro, a un carrito de comida rápida, a una zapatería... También mandé por internet a farmacias y otros comercios. Nadie me llamó nunca”.

En Bella Unión, mientras tanto y con la ilusión de volver

a trabajar, Nancy hacía planes para volver a Salto después de tantos años. Una hermana suya podía conseguirle un puesto en la zafra de arándanos. “Ella ya había hecho antes esa zafra y podía conseguirme un lugar. Porque acá en Bella Unión no hay nada. En decir, no hay nada en ningún lado, pero en Salto por lo menos había alguna posibilidad.”

En eso estaba cuando la volvieron a llamar del Centro Público de Empleo para ser parte del proceso de selección del Proyecto Plazas de El Abrojo para el 2016, y esta vez quedó seleccionada: había conseguido empleo en la plaza de Deportes de Bella Unión, una manzana en el centro de la ciudad donde hay canchas de fútbol y basquetbol, juegos infantiles y un lujo para una ciudad tan sufrida: una piscina cerrada.

“Gracias a Dios entré a trabajar en la plaza de deportes. Atendía en la piscina y trabajaba en su mantenimiento, limpiábamos y barríamos la plaza, las oficinas, los baños. Trabajábamos de lunes a jueves y los viernes íbamos a Salto donde nos daban clases, cursos para aprender a usar productos de limpieza, y también teníamos charlas con psicólogos.”

En Montevideo, la Facultad de Medicina fascinó a Stefany y su vocación de ser médica se vio confirmada, aunque con una variante: “Llegué convencida de que quería ser dermatóloga, pero cuando tuve clases de anatomía, y empezamos a trabajar con los cadáveres, ahí me decidí por medicina forense. Me encantaba. Vi que era lo mío”.

—*No se parece a la dermatología.*

—*¡No se parece nada!*

—*¿Y qué es lo lindo de trabajar con cadáveres?*

—La anatomía. La tranquilidad. Estar ahí, a solas, con el cuerpo humano.

Stefany renovó la beca del Fondo de Solidaridad en 2016, pero no pudo hacerlo en 2017, por no lograr cumplir con el requisito de salvar al menos la mitad de las materias rendidas.

“Tenía algunos exámenes y no aprobé. Si das tres, tenés que aprobar dos para mantener la beca. Y no me fue bien. No es que no estudiara. Es que mis padres se habían divorciado... y yo no estaba bien.” La voz se le quiebra y los ojos se le llenan de lágrimas. El divorcio de sus padres todavía le duele.

Perder la beca era perder todo. Llevaba dos años completos buscando trabajo y no había conseguido nunca que la llamaran para ninguno. Sus padres podían ayudar, pero no solventar todos sus gastos.

Con un dolor de muerte en el alma, Stefany hizo los 635 kilómetros al norte, esas ocho horas y media de ómnibus, esta vez no con ansiedad sino con las ilusiones destrozadas.

Los meses siguientes en Bella Unión fueron duros. Stefany creía que su sueño de ser médica ya no sería nunca más. Su madre le decía que no perdiera las esperanzas, que encontrarían el modo de que volviera a Montevideo a seguir su carrera. Pero Stefany no tenía consuelo.

Un día, su padre le trajo una gran noticia: le había conseguido un trabajo y un hogar en la capital. Tenía que acompañar a una señora mayor que vivía sola. Conversar, ver juntas la televisión, pasear con ella. A cambio viviría en su hogar.

Stefany recorrió los 635 kilómetros, esta vez hacia el sur, de nuevo con aquella ansiedad, llena de ilusiones, soñando con el momento en que volvería a entrar en el edificio de la Facultad de Medicina.

“Vine a Montevideo a conocer a la señora y nos caímos muy bien. En junio de 2017 me mudé con ella”, recuerda.

Pero las cosas no sucedieron tal como todos esperaban. La convivencia no resultó. Stefany había perdido un semestre entero en la carrera y estudiaba con la dedicación redoblada de quien quiere recuperar el tiempo perdido. Dedicaba a ello muchas horas.

“Mi hija vive para el estudio y la carrera es difícil...la señora necesitaba alguien que le hiciera compañía, pero de tarde Stefany estudiaba y no estaba para salir, pasear, conversar...”, explica Nancy.

Stefany, por su parte, encontraba a su hospedante un poco distante, fría, cerrada. La química no funcionaba demasiado bien.

Un día, porque no había clases, Stefany le anunció a la mujer que iría a pasar unos días a Bella Unión. La señora fue tajante: yo quiero que estés acá todas las noches, así que no vuelvas.

Para Stefany fue casi morir. Lloró a mares frente a la mujer; lloró al despedirse; lloró al contarle a sus amigas y sus padres, y llora ahora cuando lo cuenta.

“Pensaba que ya se me había terminado todo. Me resigné.” Stefany se seca las lágrimas.

Sus amigas la ayudaron a empacar su ropa y sus libros. El viaje en El Norteño, esas interminables ocho horas y media fueron las peores de todas: ahora sí estaba convencida de que había perdido su última oportunidad. Nunca sería médica.

“Subí al ómnibus con la sensación de que no volvía nunca más. Iba pensando en que iba a tener que buscar un trabajo en Bella Unión y quedarme ahí para el resto de mi vida”, recuerda.

Nancy sufrió mucho viendo a su hija esos días en Bella Unión: encerrada en su dormitorio, sin salir, leyendo solo sus libros de medicina, hora tras hora, día tras día. Se esforzaba, pero no encontraba la manera de levantarle el ánimo.

Stefany no puede recordar nada que haya hecho en ese período en su ciudad natal, salvo un chequeo médico.

Bettina Salas, de El Abrojo, recuerda el día que Nancy le contó que Stefany estaba de regreso en Bella Unión y había dejado de estudiar: “Me lo comentó sin ningún tono de queja o reclamo, bien al estilo de ‘cero demanda’ que tiene la gente del norte del país”.

Salas averiguó en el Fondo de Solidaridad si no había habido un error con Stefany, si la beca no se podía renovar, pero no hubo caso: la decisión había sido dura, pero ajustada a los reglamentos.

Pero un día Salas supo de un puesto de trabajo disponible en la pista de Atletismo —un contrato por un año— en el mismo convenio con la Secretaría de Deporte por el cual Nancy había conseguido un puesto en la plaza de deportes de Bella Unión. De inmediato pensó en Stefany.

“Mamá me contó que la había llamado alguien de El Abrojo que para julio podía tener una entrevista con ellos, para trabajar en la pista de atletismo. Me contaron cómo era el trabajo. Yo estaba encantada, muy contenta. ¡Claro que acepté!”

Stefany hizo los 635 kilómetros al sur llena de ilusiones, una vez más. Se instaló en otra residencia estudiantil. Comenzó a trabajar en el gimnasio de la pista de atletismo, controlando al entrada y salida de los deportistas y el uso correcto de los materiales de entrenamiento. Por primera vez cobró su propio sueldo. Con el primer salario cobrado pagó un mes de alquiler, compró boletos de ómnibus y libros de medicina. Volvió a la facultad. Salvó las materias que rindió en el segundo semestre de 2017. Estaba casi feliz.

La felicidad no era completa porque el contrato en la pista era por año y finalizaba el 30 de julio de 2018. La búsqueda de un empleo fijo que le permitiera terminar la carrera le seguía siendo esquiva. Disfrutaba de haber vuelto a clase, pero temía tener que volver a empacar la ropa y los libros para partir otra vez al extremo norte.

Un día, el coordinador de la pista de atletismo la llamó y le hizo una pregunta: ¿Qué vas hacer cuando se termine tu contrato?

Stefany llora al revivir el momento. Y lloró a mares cuando el coordinador le dijo que trabajaba muy bien, que quería que siguiera en la pista, no ya por convenio con El Abrojo sino como una de las empleadas fijas de la Confederación Uruguaya de Atletismo.

“No me lo esperaba, para nada”, recuerda. “Me puse a llorar, mucho. Lloré mucho, mucho.”

Hoy Stefany vive en un apartamento que alquila cerca de la terminal de Tres Cruces con dos amigas. Una de ellas es Alexandra, la amiga de la infancia con la que hacían planes para un día estudiar en Montevideo.

Le pregunto a Alexandra si Stefany siempre llora tanto.

“No, nunca. Nunca la había visto llorar”, responde. “Pero la entiendo. ¡Le han pasado tantas cosas tan fuertes!”

